

se à su columna, y siguiese aquel género de vida, pues Dios le habia llamado à ella, ciertos ya de que no erraba en él quien sabia obedecer, y que quien hacia lo que le mandaban no iba por el camino de su propia voluntad, sino que hacia la de Dios en aquella singularidad. Asi el prelado de Chalma experimentó la virtud de Fr. Juan con el contraste de la obediencia, sin pretender mas que hacer prueba de su virtud, y si hacia la voluntad de Dios ò la suya en aquella rara abstinencia que guardaba: lo qual con su exácta y humilde obediencia experimentó, y todos conocieron su virtud, quedando grandemente edificados.

12. No menos mostró la que tenia, y la devocion cordial à la santa imágen, en hacerse su sacristan, en cuidar del aseó de los altares de la iglesia, especialmente del altar mayor en que estaba la santa efigie. No es decible lo que trabajó, las limosnas que solicitó, lo que procuró agradar à los bienhechores en orden à fomentar el convento y el santuario, yendo y viniendo à Toluca, à Ixtlahuacan, à Tenancingo, à Zacualpan, à Taxco, à México, y à otras partes, para negociar lo necesario con que adornar y enriquecer la iglesia. A él finalmente, y à su exácta diligencia, se debe por la mayor parte todo lo que se ha hecho, que no es poco: viviendas ò celdas para mas de veinte religiosos, con la moderacion que pide el

estado, y la extension que el lugar permite, que ni sobre por grande, ni falte por pequeño, ni por demasiado pobre desacomode à los religiosos, ni à los seculares y demas que lo vieren desecifique por suntuoso.

CAPITULO V. Y ULTIMO.

Ultima enfermedad y dichoso fallecimiento del hermano Fr. Juan de S. Josef.

13. Asi vivió el hermano Fr. Juan, siendo el exemplo de todo el convento, casi nueve años que estuvo en él desde que volvió del noviciado de México hasta que murio, siendo el espejo de las virtudes religiosas. En la pobreza su vestido el mas vil, el mas despreciable, el qual era de tosca xerga; la cama dura y desacomodada, la comida muy parca y como queda dicho, de unas yervas simples ò cosas semejantes. En la castidad un ángel, su recato extremado, su modestia singular, los ojos baxos, el pensamiento en el cielo, Dios testigo de todas sus acciones, con cuya presencia regulaba todos sus movimientos interiores y exteriores. La obediencia rara: lo mismo era para él mandar el superior, ò que tuviese siquiera sombra de superior, alguna cosa que como si la mandara el mismo Dios asi la obedecia, como si viera con los ojos al mismo Dios que se lo man-

daba. Ya vimos como obedeció al R. P. Provincial quando le mandó que dexase el retiro de Chalma en donde se habia criado, y que fuese al noviciado de México. Ya vimos como à la insinuacion de la obediencia dexó su ordinaria abstinencia, y entró à comer lo que los demas en el refectorio: y otros casos que pudieramos traer de su obediencia, en lo qual mostró que era Dios quien lo gobernaba, pues tan sujeto estaba al que estaba en lugar suyo. Su silencio, su mortificacion, sus penitencias, disciplinas y cilicios, su oracion casi continua, porque con la presencia de Dios unía el exercicio de la oracion: y como es imposible estar en oracion sin presencia de Dios, asi es imposible no estar en oracion teniendo à Dios presente.

14. En estas y otras virtudes se exercitaba, y era el espejo en que se miraban todos los religiosos de aquel convento, quando para darle el merecido premio à sus trabajos y buenas obras, fué el Señor servido de enviarle la enfermedad de que murió últimamente. Sintióse un dia con un destempe extraordinario (que vulgarmente dicen cortado el cuerpo) y alguna calentura ò destemplanza; y aunque no le dió mayor cuidado, ni por eso dexó sus ordinarias distribuciones, hubo de darle cuenta al prelado, quien no dexó de afligirse viendose tan distante de México, sin médi-

co ni medicamentos para su curacion. Determinó al fin enviarlo al convento grande de México, para que alli mas oportunamente se curase por la proporcion de auxilios necesarios. Pusóse en camino el buen religioso, agravandosele el accidente por instantes, aunque con el corazon puesto en Dios, pidiendole se cumpliese en él lo que fuese de su mayor agrado, y dándole gracias por todo.

15. Aconteció que habiendo llegado à Tacubaya, antes de entrar en Mexico, le recibió una piadosa señora devota del santuario, y hospedóle en su casa como à enfermo que iba de un mal tan grave, y procuró asistirle con toda caridad, cuidado, y esmero. Pusóle lo necesario de cama para su descanso en una recamara retirada para que no tuviese cosa que le incomodase; pero advirtió que no solo no usó de la cama dispuesta, sino que solo se recostó en una estera (que en las Indias llaman petate) donde dió à su cansado y enfermo cuerpo algun alivio. Sucedió que la señora movida acaso de la curiosidad se puso à la media noche en acecha de lo que su enfermo huesped hacia, y vióle puesto de rodillas en oracion devotamente, pues como toda su vida se habia exercitado en ella, ni aun enfermo quiso dexarla. Quedó la señora grandemente edificada de verle en tan devoto exercicio, admirada al mismo

tiempo de ver que aun estando enfermo no hubiese querido usar de la cama; y si antes lo tenia por un hombre santo, ahora en este exemplo que observó, se confirmó mas en su piadoso concepto. Es de persuadirse que del mismo modo se portaria en las otras casas en que habia llegado à hospedarse, aunque en ellas no hubiesen, como en esta, llegado à notarlos; sino que en los santos, de unos hechos que dispone Dios que sepamos, inferimos otros, que ni sabemos ni podemos saberlos, porque ellos procuran ocultarlos con humildad y recato.

16. Habiendo llegado à México y entrado en el convento, se acabó de declarar el mal en un fuerte dolor de costado, que con el movimiento y fatiga del camino tomó tal incremento, que ya no hubo mas lugar que à los remedios del alma, porque los del cuerpo ya no pudieron alcanzarle. Desauccionaronle los médicos, y noticiaronle el peligro, à lo que él respondió resignado y humilde, que todos los dias aguardaba la muerte, y se disponia para ella, y así no tenia mas que repetir en aquel lance lo que todos los dias habia hecho. Dispúsose lo mas fervorosamente que pudo, y recibió los Santos Sacramentos, mostrando grande conformidad y resignacion con la divina voluntad, y llevando con admirable paciencia y sufrimiento las molestias y dolores de la enfer-

medad. Entregó su alma al Criador dia viernes à las tres de la tarde, à trece de mayo del año de mil seiscientos ochenta y nueve, dia y hora de la sagrada pasion y muerte del divino Redentor, la que siempre habia tenido presente y meditado tiernamente. Notóse esta circunstancia porque como siempre habia tenido delante de sus ojos aquella sagrada imágen de Jesucristo crucificado, representándosele sus dolores sacratísimos y benditísima muerte, parece que quiso el mismo Señor darle por premio de su devocion una muerte, no solo parecida à la suya en lo violenta y dolorosa sino en las circunstancias del dia y de la hora en que él la padeció: y circunstancias que deben persuadirnos casi con evidencia à que su alma dichosísima, sin detenerse en otro lugar, voló derechamente à gozar de la eterna bienaventuranza.

17. Todos los religiosos del convento quedaron por una parte edificados y admirados de una muerte tan dichosa y envidiable, y por otra sentidísimos de la falta que un varon tan exemplar habia de hacer en la provincia, y particularmente en el santuario, el qual habia conservado y puesto en el estado en que se halla. Solo les quedó de consuelo el que en el cielo es mas poderosa su eficacia para mirar por él, que lo habia sido en la tierra; y que la devocion que tenia à

la santa imágen del santuario no se le acabó con la muerte, sino aun mas bien se le perfeccionó: debiendo entenderse cumplida en él aquella promesa del Salvador: *donde yo estoy, allí ha de estar el que toda su vida me sirvió*, con el alma y con todas sus acciones.

18. Acudieron à su entierro todos los que tuvieron la dicha de saber su santa muerte, haciendo con su cuerpo despojo de aquella grande alma las demostraciones mismas que con los que llegan à morir con fama y opinion de santos. En el santuario sintieron mucho mas su muerte, por que tenian mas larga experiencia de sus virtudes. Hicieronse por él los sufragios que por instituto se le debian, y à mas los que correspondian à la caridad y la gratitud que de obligacion le tenian, como à quien debia todos sus progresos, adelantos y mejoras aquel santuario.

Ultimamente cerraron el curso de sus dias estos dos exemplarísimos varones Fr. Bartolomé de Jesus Maria, y Fr. Juan de San Josef, con el sello de una santa y dichosa muerte, despues de una ajustadísima y arreglada vida, dexando à la posteridad virtudes que imitar, pasos que seguir, y acciones que admirar. Copias fidelísimas de aquel soberano exemplar que les fué mostrado en el desierto monte de Chalma, donde al riguroso pincel de la mortificacion y penitencia, y à

los encendidos retoques de la fervorosa oracion y contemplacion imitaron los dolores, agonias y tormentos que tan al vivo representa aquella sacratísima y portentosa imágen del divino Redentor, à quien siempre tuvieron tan presente, à quien tan fielmente sirvieron en esta vida, y à quien no por espejo ni en enigma, sino cara à cara gloriosamente gozan, y gozarán eternamente en el palacio de la gloria.

El R. P. Francisco de Florencia al fin de la historia que escribió de la vida de este venerable, concluye con la copia de una carta fecha à 18 de junio de 1690 del R. P. Fr. Juan de Ibarra, superior del santuario de Chalma, en que le responde à varias preguntas que le hizo: la qual copia es del tenor siguiente.

„ **R**ecibimos la de V. P. à cinco de junio, y mucho gusto y agradecimiento à su mucha caridad y amor que V. P. tiene à esta santa casa, su Magestad se lo pague como puede. Luego con todo cuidado procuré se hiciera la diligencia de nuestro hermano querido, y es como se sigue. Na-

ció en el pueblo de Santa Maria, jurisdiccion de Santiago Calimaya, fué de legítimo matrimonio, llamáronse sus padres Sebastian de Morales, y Maria Garcia: vino à ser compañero de nuestro hermano Fr. Bartolomé de Jesus Maria de once à doce años: recibió nuestro santo hábito de quince à diez y seis años, que fué el año de quarenta y seis, à diez de octubre. Murió à trece de mayo de ochenta y nueve, viernes á las tres de la tarde. De sus virtudes en general, todos á una voz dicen, fué muy observante: en particular, lo que experimentamos, fué el que parecia le habia concedido nuestro Señor el don de curacion; porque luego que lo hacia, invocando à la Trinidad Santísima, se reconocia la mejoría en el paciente. Esto sucedióle con tres religiosos de este convento, que padeciendo distintos accidentes, luego que nuestro hermano los curó se vieron libres de ellos. Yo le administré diez y ocho años, y me parece guardó su virginidad: y siendo su mayor (aunque indigno) muy caritativo y obediente lo experimenté. Esto es lo que hemos podido saber en la diligencia que se ha hecho, &c."

Hasta aquí el P. Florencia con la copia de dicha carta, recomendacion bastante que acredita los heroicos hechos y virtudes de nuestro Fr. Juan de S. Josef, à quien como à fiel imitador de su maestro Fr. Bartolomé se sirvió el cielo comu-

nicarle, cómo à este, la gracia y don de curacion, efecto de aquella fé viva que le adornaba, y que le hizo tan agradable à los ojos del Señor, à quien demos repetidas gracias y alabanzas, porque tan admirable quiso hacerse en sus siervos y escogidos. Todas las criaturas del cielo y de la tierra bendigan y alaben la grandeza de su nombre por todos los siglos.

FIN DEL LIBRO III Y ULTIMO.

